

TÓPICOS EN TEORÍA ARQUEOLÓGICA

GONZALO RIVERO RODRÍGUEZ
UNIVERSIDADE DE VIGO

*Ha metafísica bastante em não pensar em nada
O que penso eu do Mundo?
Sei lá o que penso do Mundo!
Se eu adoecesse pensaria nisso*

FERNANDO PESSOA. Poemas de Alberto Caeiro

Resumen:

La dinámica que está adquiriendo la teoría actual obliga a replantearse su fundamentación e incluso su necesidad. En el presente artículo se debaten un conjunto asistemático de tópicos frecuentes en la teoría arqueológica.

La teoría arqueológica se ha convertido en un terreno sombrío de especulaciones de variable calado intelectual, de desmedida resonancia y, las más de las veces, de escasa relevancia en la investigación básica. Con ello no es de extrañar la creciente aversión hacia la reflexión sobre la propia arqueología, bajo la plena consciencia de que se trata del cajón de sastre en el que se encuadrar trabajos desganados, cuya finalidad se agota en su propia publicación y sin mayor interés para la común tarea del gremio. Y es legítimo que sea así, en tanto que, especialmente en los últimos años, sólo parece haber desarrollado argucias metafísicas que entorpecen la enunciación y una maraña de clichés banales con los que catalogar, encasillar, la investigación propia y ajena. Aun cuando la teoría pueda tener como objetivo, a partir de la reflexión, la definición de las condiciones de existencia de la Arqueología, y el modo en que esta se desarrolla –o se deba desarrollar–, irónicamente no ha sabido, o no ha podido, demostrar su propia necesidad. Muy al contrario, arrecian voces pragmáticas que exigen el fin de la teoría (Ortega y Villagordo, 1999), y sólo cabe esperar, en la trayectoria de los acontecimientos actuales, una sentencia postmoderna que ponga fin a la práctica.

Hay algo de revanchismo en la brecha entre la Arqueología y su teorización que la vuelve infranqueable en su incomprensión, conceptual y esencial. Con todo, este divorcio entre dimensión teórica y empírica no es exclusiva de la Arqueología, sino que parece común a todas las ciencias sociales (vid. Tezanos, 1996: 489), sin ver que la teoría debería ser ante

todo un modo de hacer arqueología, y que la arqueología, por mucho que se oculte en la convicción de una lógica evidente en la investigación del registro, ni se hace en el éter ni la piensa una *res cogitans* exterior al universo, sino que se ancla a la humanidad más desgarradora, y por ello debe explicar o entender cómo es pensada, cómo se comunica y cómo argumenta, a fin de que la enunciación sea coherente interna y exteriormente. En otras palabras, que tenga sentido propio y autónomo, y que lo tenga para los demás.

La trayectoria que estamos presenciando en los últimos años transfigura a la teoría en un artilugio de resonancia en el que, a través del sensacionalismo, lograr un hueco en la comunidad científica, bajo el abrigo que le otorga su creciente importancia medida en número de publicaciones especializadas, de ponencias en congresos o incluso su inexcusable presencia en los planes de estudio. Constituye en este sentido un espacio privilegiado por cuanto, al margen del objetivo general de la investigación arqueológica, otorga la libertad que la oscuridad terminológica, e incluso el barniz filosófico que el autor sea capaz de refundir en el texto, permita. La teoría ha pasado a ser una mezcla de habilidad y apatía en la que resurge la retórica como arte de seducción, o también —en una perspectiva más pragmática— el hueco por el que deslizar rápidos trabajos con reflexiones apresuradas sobre una temática poco concretizada, y cuyos resultados se subrogan a la polemización que logre crear, ya que en cierto modo, será un índice apropiado de la proyección del autor dentro de la Academia.

A pesar de todo, tampoco cabe ser derrotistas y ceder ante una incapacidad más supuesta que demostrada, entregando el fortín al intuicionismo acrítico. Ha habido una evolución evidente en la temática de los trabajos arqueológicos, un refinamiento en el aparataje conceptual que no sería humano atribuir a un delirio insustancial. Más allá del sensacionalismo que puede acabar por delimitar la vida del paradigma, es evidente que la creación arqueológica basada en la ensoñación no tiene sustento para perdurar: que tal sensacionalismo se olvidará o se recordará como esperpento. En todo caso, el efectismo no ha pasado de una forma de manierismo que no ha hecho más que delimitar, con sus abigarradas exageraciones, el espacio teórico e incluso los lindes temporales por las que se ha movido una escuela en particular. Bien como indagación propia incluida conscientemente bajo el epígrafe de teoría, o como trabajo de investigación cotidiano, se evidencia una transformación fundamental en la formulación abstracta anterior a cualquier enunciado arqueológico.

La Arqueología y su historia.

Entendámoslo como un lento proceso de aprendizaje o como una influencia auténtica de los paradigmas propuestos por los teóricos, lo cierto es que la investigación ha ido incorporando nuevas materias y nuevos tratamientos que superan las ingenuidades de una representación del pasado duramente marcada por el evolucionismo, y por tanto de un primitivo universo pulsional fácilmente conceptualizable en los términos básicos necesarios para un humanoide incapaz de liberarse de sus ligaduras primarias; o de una esperanza de un método elemental hipotético-deductivo que accediese, incluso antes de la intervención arqueológica, a una definición aproximada del objeto que solo sería preciso pulir a posteriori. Existe por tanto, y de alguna retorcida manera, una historia del pensamiento arqueológico, lo que nos lleva a pensar que, incluso sin haber sido explicitada como tal, ha existido alguna clase de condicionante teórico, moda intelectual o decisión metodológica, que ha guiado el desarrollo de nuestra área de estudio. Y llámesele como quiera, cualquier discurso, incluso el más esmeradamente aséptico, está necesariamente guiado, condicionado por alguna clase de apriorismo, de íntima convicción previa a la formación del discurso, en definitiva, de teoría. La teorización no es un antojo de la ciencia

madura, sino más bien la inevitabilidad misma desde el momento en que el sujeto piensa y expresa su contexto. Superada la ilusión laplaciana de trascendencia de lo humano más allá del análisis, no hay modo posible de arrogarse la asepsia propia de la Física clásica. Toda decisión, incluso la más rudimentaria o rutinaria, implica alguna elección, alguna interferencia, en la que la presencia del observador se hace explícita e inherente a la propia existencia de la observación¹. El orden exterior está abolido². La misma ocultación del sujeto enunciador en el discurso impersonal característico del texto científico, o incluso la cuantificación, puede ser analizada en términos ideológicos (vid. Ibañez, 1979) cuando no en meramente retóricos (vid. McCloskey, 1990; Ward, 1983: 150 y ss.).

Desde esta perspectiva, a no ser que nos abandonemos a la aceptación de que la arqueología es sólo una metodología, el propio estatuto de existencia científica y la propia práctica de expresión discursiva, exigen alguna clase de reflexión sobre la construcción de ese discurso y, en definitiva, una reflexión sobre la construcción de la disciplina, sobre su método y sus limitaciones, en el que el primer reto se plantea desde el mismo carácter contingente del saber arqueológico. Y se puede entender como obstinación el trabajo teórico en medio de la jauría escolástica en que ha degenerado el ámbito teórico, pero lo cierto es que una vez que una comunidad científica se ha arrogado el acceso privilegiado a una esfera de la realidad sobre la que se va a expresar, se hace necesario justificar ese derecho de propiedad y explicitar el modo en que se ha de llevar a cabo. Por tanto, aun en tanto que práctica, se hace inevitable algún tipo de análisis, una vez reconocida la falta de inocencia de cualquier enunciado científico siendo preciso analizar su contenido, explicitar los esquemas conceptuales profundos en que se construye –con lo que quizás no cabría pensar más que en una historia de la arqueología, en una historia que sería la de lo no dicho, o lo no decible– al tiempo que la juventud de nuestra ciencia permite todavía un examen de sus carencias, reflexionando sobre el ideal, necesariamente inalcanzable, de la investigación –construyendo en definitiva una teoría arqueológica–.

Una primera desagregación nos llevaría por tanto a una reflexión sobre la construcción del sistema actual, sobre su genealogía: a una historia de la ciencia que no es la recapitulación de lo dicho, ni su ordenación serial en una línea evolutiva y de progresivo afianzamiento de lo actual, pero que tampoco se debe limitar a la especificación de los condicionantes sociopolíticos que crearon la inquietud intelectual sobre la que fue posible construir la Arqueología. Es preciso volver a pensar el sendero histórico de la

¹ La particular relación entre objeto y sujeto se ha entendido habitualmente a través del tópico que representa el principio de incertidumbre de Heisenberg, que aparecería como una muestra evidente de nuestro insuficiente conocimiento, atravesado en parte por nuestra propia presencia como observadores. Muy al contrario, al margen de la trascendencia que tiene la penetración de la probabilidad en una teoría física –acostumbrada a las linealidades, a la especificación de modelos en los que las condiciones iniciales determinan absolutamente la trayectoria del sistema– lo que se hace patente es que la observación no puede ser independiente de lo observado, por lo que el sujeto no puede ser entendido como un ruido dentro de la observación tal y como lo formulaba la ciencia clásica (Morin, 1990: 65). Lo observado implica siempre un proceso de observación, que por su propia naturaleza modificará al objeto de estudio. La dificultad a superar no se encuentra por tanto en lo complicado que sea el sistema a analizar, sino en su complejidad, determinada en parte por la inexistencia de sistemas cerrados que el observador pueda analizar exteriormente, sino en que cualquier sistema –al intentar incluir en el análisis al sujeto analizador– es esencialmente abierto y por tanto sus características difieren en su organización y relaciones. El problema es tanto metodológico como epistemológico, ya que en cierta manera, las ciencias físicas acaban participando de una metafórica doble hermenéutica: "En el momento que Antonio grita su amor por Cleopatra, no sabe que él está compuesto de algunos miles de millones de células que, en sí mismas, ignoran quien es Cleopatra" (Morin, 1990: 154)

² El teorema de Gödel, que especifica que en todo sistema formalizado existe siempre una proposición indecible, supone un ejemplo excelente de incapacidad de clausura lógica de ningún sistema, ni siquiera axiomático.

Arqueología, incidiendo en su propia construcción como análisis del pasado, a través de su propia historia como ciencia, de su articulación interna y en relación con las disciplinas afines, que son las que, en definitiva, le otorgan sentido (Carandini, 1997: 217). Y entendida la arqueología como lectura de lo material, y como su articulación en un discurso de lo humano, su parentesco se debe completar con el resto de las ciencias de lo social. En otras palabras, en una arqueología que sea la de lectura e interpretación, que desde la materialidad del registro realice inferencias sobre la sociedad que lo creó, la arqueología debe vehicular lazos que trasciendan los de la Historia del arte –por su metodología-, la Historia –por su ubicación- y la Antropología –por su objeto-, como integrante del estudio de la sociedad y la cultura.

Por otra parte, la reflexión teórica es también un examen sobre el estado presente, analizando las fisuras del pensamiento actual, armando y desarmando las posibilidades analíticas del instrumental especulativo del que disponemos. Este ámbito, el de la controversia y la disputa doctrinal, es sobre el que planean las mayores dudas, especialmente a la vista de que la oratoria ha ido exaltando los ánimos y exagerando las proyecciones teóricas, permitiendo al discurso -neopositivista o postmodernista- tomar una existencia propia, y guiar el estudio desde un posicionamiento activo: el discurso general se ha materializado y ha generado sus propios discursos particulares, en los que a través de la reclamación de pertenencia a una escuela, se ha gestado la desaparición de cualquier individualidad en el planteamiento más allá de los presupuestos generales de la misma. De una manera próxima a como se ha desarrollado el proceso en el resto de las ciencias sociales, la arqueología o se abandona a la teoría -misticándola- o la relega a la introducción –despojándola de su capacidad-.

Así y todo, la cuestión que se nos plantea no es la necesidad de una teoría con consistencia propia dentro de la investigación arqueológica sino que, una vez entendida su necesidad, o al menos la de alguna clase de reflexión analítica, especificar qué es lo que puede existir bajo el concepto de teoría, ya que es evidente la diferencia que existe en su noción peculiar respecto de las demás ciencias sociales e incluso en el propio seno de la Arqueología. Quizás sea ese el problema de fondo: que la teoría es demasiadas cosas sin tal vez ser ninguna por completo. Hablar de teoría puede ser la formulación de los problemas de la investigación corriente, la generación de una teoría del conocimiento, la explicitación de enunciados antropológicos básicos sobre los que se va a construir el discurso, la reflexión sobre la proyección social del trabajo arqueológico, el análisis de la metodología existente, la instrumentación de una epistemología básica o incluso la definición de las estrategias de investigación. Podría plantearse que lo que existe es un debate parcial en el que la necesaria concatenación de las ideas anteriores es conscientemente excluida o, en otras palabras, que las diferentes nociones apuntadas podrían no ser sino etapas o subsistemas que se subsumen en una corriente teórica profunda, nunca planteada en su totalidad pero deducible de conceptos y relaciones claves. Y así, se entendería la divergencia teórica como fruto de un planteamiento común en el que se debate la articulación de las redes menores. Pero es difícil eliminar la sospecha de que el sistema no va más allá de ser una débil intención, un planteamiento común, un lazo negativo frente a lo manifestado por el Otro en el que los subsistemas anteriores no se pueden anclar en una red estructurada. El feminismo, como nodo en el que se funden la práctica totalidad de las nociones postprocesuales, manifiesta esa idea de constructo polimórfico, diversificado, que no es posible reducir más que al rechazo común del androcentrismo, noción negativa y emancipadora que posibilita lecturas múltiples y mutuamente excluyentes (Rivero, 2002: 36) en las que se plantea incluso, que el gran sistema universal, claro y predefinido está definitivamente condenado al fracaso.

La arqueología y las ciencias sociales.

La teoría arqueológica se funda sobre este espacio confuso, en el que domina la elucubración alejada del trabajo empírico, por llamarlo de alguna forma, al que la teoría no presta atención, ni guiándolo ni fundamentándolo, al tiempo que la tradición mediterránea relega la relectura –cualquier trabajo sobre el registro que obtenga una lectura que vaya más allá de lo material- al campo de la Prehistoria que, consecuentemente queda alejada del ámbito de la Arqueología y de su teorización. Y ello a pesar de que la Arqueología Prehistórica ha actuado como imperio sobre la teoría, como se constata en la escasa presencia de arqueólogos históricos que participan de la reflexión teórica, habidas cuentas de que la recuperación y estudio del registro agota la lectura arqueológica ya que por la propia existencia de fuentes escritas, el enunciado antropológico se hace prácticamente innecesario. La arqueología histórica parte entonces de lo general a lo concreto, del conocimiento histórico a su reflejo en el registro arqueológico, de la investigación socioeconómica corriente en Historia a la complementariedad con los datos empíricos –el registro no falseable con el que contrastar la información documental-: la Arqueología desvela las penumbras de la documentación. Bajo estas restrictivas condiciones, la Arqueología pasa a convertirse en una metodología: aporta los datos a la investigación de otras ciencias sociales en una perspectiva histórica, o bien a la propia Historia, pasando por alto las potencialidades y, especialmente, particularidades del estudio arqueológico.

Al contrario, es lógico afirmar que el estatuto ontológico de la Arqueología no puede devenir de una definición negativa, sino de la naturaleza específica y diferenciada de su fuente de información. Ahí, en su particular origen, se engendra su forma de conocer la realidad. Su conocimiento imperfecto, impreciso e incompleto se insinúa en la indirecta plasmación de lo social en lo material que, en otro sentido y en su presencia permanente en la existencia humana, otorga la posibilidad de un registro a priori continuo y universal. Su adecuada lectura, desde su mera ordenación hasta su enunciación en un discurso social, es la materia de la arqueología. No hay lugar para un posicionamiento de subordinación con la Historia: la relación se debe organizar en torno al modo en que se genera conocimiento y no en base a los resultados; en otras palabras, la complementariedad del trabajo arqueológico con el trabajo histórico no se funda en una castración de la documentación histórica, si no a la naturaleza bien diferenciada de su fuente de información, y su menor relevancia no se debe a su deficiente aproximación a la realidad social, sino a la falta de contigüidad con la clase de datos que se esperan de la información escrita. Así, el carácter histórico de la Arqueología se fundamenta en su posición relativa en la línea temporal, y su relevo a las lagunas de la Historia, a la menor potencialidad informacional con respecto a otros estudios, que la excluyen, aunque no totalmente del análisis de la contemporaneidad, en el que se presenta deshilachada.

Al menos en España, no acaba de encontrar una relación equilibrada con la Historia. Es evidente que la articulación de la Arqueología no es completa si no engloba a todo estudio que se fundamente sobre su metodología: una definición efectuada desde la Arqueología Prehistórica que no contemple a la Prehistoria (e incluso a la Prehistoria Antigua) más que como un caso particular sino como el ideal de investigación, sólo define falsas fronteras en las que se hacen necesarios los apelativos. En este sentido, la Arqueología no despliega en la Prehistoria todas sus potencialidades sino que se ve constreñida a un aislamiento no deseado. La contrastación, bien sea por verificabilidad o falsabilidad, ya no tiene más remedio que efectuarse en torno a su propia construcción, que por aislada, será la de la aceptación social por parte de la comunidad científica, basándose en su coherencia interna y en

su armonía con los datos³, demasiado abiertos para una construcción guiada. De ahí la específica relación con la Antropología que surge por tanto de la clase de sociedades con las que trabaja, y de las que pretendemos generar también una Historia basada en nuestro marco conceptual, al tiempo que por la perspectiva holística, más que agregada, que permite la Antropología. De ella obtiene los modelos de análisis, las pautas que buscar en el registro, las ideas para entender su construcción, pero también los límites a la lectura y el golpe definitivo a nuestra relación con la documentación, ya que será el ejemplo antropológico el que nos presente posibilidades múltiples de lectura del registro –esa apertura intrínseca-. El análisis antropológico sirve por tanto de auxilio en la documentación y como cauce analítico por su modo de aprehender la realidad, configurando la dimensión antropológica de la Arqueología a la que añadir la dimensión histórica trabada en los argumentos genéticos y dinámicos que debe fundamentar.

La línea que he diseñado lleva a reconsiderar la peculiar relación que establece la Arqueología con otras ciencias en sus proposiciones elementales, en sus grandes conceptos. No obstante, una revisión de la literatura actual me hace pensar si tal relación no se ha basado más que en prestamos apresurados y poco afortunados, encerrados en la textualidad, ignorando el contenido original de los conceptos, que no son adecuadamente integrados sino que son simplemente transportados a un nuevo contexto en el que adoptan un carácter puramente metafórico y no analítico⁴. Buena parte del bagaje formado en las demás ciencias sociales no es aprovechado por la teoría arqueológica, ni siquiera en el momento de enfrentarse a problemáticas similares: desde la generación de un discurso postmoderno hasta la especificación de un criterio de valor para el patrimonio arqueológico, se han desarrollado debates autocentrados, magnificados en las peculiaridades del objeto de estudio⁵ y en el particular modo de acercamiento a la realidad que es la Arqueología. En estas circunstancias cabe pensar en un distanciamiento real de la Arqueología con respecto a su entorno científico más próximo⁶

Hemos visto que su consistencia como ciencia social se genera en su ordenación interna y en su naturaleza específica, pero en tanto que tal ciencia social no puede evitar que aparezcan nociones o categorías analíticas de su vecindad científica. No obstante, en su práctica se evidencia la marginación a la construcción aislada, intuitiva, haciendo caso omiso de todo lo aportado a su alrededor. Y no solo eso, sino que las incorporaciones se producen con indudable retraso y con el más acrítico traslado de ideas, de tal forma que podemos sentenciar que no existe una auténtica actualización en ninguna de sus dimensiones, entendiendo por actualización una adecuación a los debates sociales actuales. El origen del problema quizás quepa situarlo en el espléndido aislamiento del

³ Se ha planteado un debate harto curioso sobre la necesidad de que el proceso descrito por el análisis arqueológico haya sido realmente así, o simplemente basta con que –desde nuestro limitado conocimiento del pasado- aceptemos la interpretación como válida desde el momento en que se cumplan las exigencias metodológicas al uso (vid. Lopez Borgoño, 1999). Existe una innegable similitud de este constructivismo con una de las polémicas fundamentales en Economía, y que plantea –a la luz de la creciente matematización y abstracción de la Teoría Económica- si el modelo económico debe ser construido a partir de hipótesis realistas o basta con explique el comportamiento empírico.

⁴ El de la introducción de la conceptualización de la teoría del caos parece en este sentido un caso ejemplar. La muy específica conceptualización matemática de las trayectorias no-lineales es sustituida por contenidos ad hoc seducidos por un vocabulario que podría parecer idóneo para un análisis de la evolución histórica de sistemas complejos. Los conceptos se vacían y se desestructura la relación primitiva entre ellos, restando sólo una imagen falseada que permite una lectura laxa pero aberrante a la vista de su sentido original que lo único que logra es una reducción de su potencia para la reconsideración de la realidad (conf. McGlade, 1999)

⁵ Entendido aquí, además de cómo fuente de información, en su dimensión patrimonial como objeto de valoración social, pero también en tanto que recurso escaso sobre el que confluye lo público y lo privado.

⁶ Es llamativa la introducción de las nociones de imaginario en la arqueología postprocesual, casi cincuenta años después de su planteamiento original luhmanniano, dotándola además de un sentido vago e impreciso que apenas puede ser distinguido de ideología en un sentido amplio (vid. Lenk, 1982)

arqueólogo en su mundo. Es el arqueólogo el que genera la teorización de su disciplina, desde lo cognitivo hasta lo normativo, el que desarrolla las interpretaciones antropológicas e incluso el que hace las lecturas y críticas de las arqueometrías, en un alarde de diversificación de conocimientos que no tiene parangón en el resto de las ciencias. Esta coherente representación del señor en su reino, que se supone inevitable por las particularidades del estudio arqueológico, queda en entredicho al revisar el proceso formativo que ha de superar el futuro arqueólogo, ya que excluye la mayor parte de las áreas de conocimiento con las que finalmente se encontrará en el desarrollo de su investigación: todo lo no específicamente arqueológico pasa a formar parte del bagaje complementario, supuesto, de cualquier investigador. Suponiendo una inversión tal acabe germinando, es probable que se cree un proceso como el actual, en el que la desconexión con el resto de la comunidad se hace palmaria, generalmente a través de la hiperespecialización en materias transversales al objeto de la Arqueología. Pero habitualmente no es así y apenas hay incursiones en ninguno de los dos lados de la frontera académica. Algo lamentable, ya que la penetración de disciplinas ajenas que revisen lo conocido ha de posibilitar no sólo la entrada de nuevas interpretaciones sino incluso de maneras de enfrentarse con el registro, algo necesario si tenemos en cuenta que nada a priori, puede justificar la fragmentación artificial del continuum social, apoyándonos en que sólo son convenciones académicas las que rigen la segmentación departamental. Ahí quizás radique la deficiente articulación de la arqueología con las ciencias de nuestro entorno, en la deficiente permeabilidad de las paredes burocráticas.

La Arqueología y el Método.

El debate transversal de la teorización acaba pasando por el estatuto científico, si bien casi siempre se aborda desde las premisas que consideran como óptimo científico la Física clásica, apoyándose en su capacidad para el desarrollo de leyes universales, llegándose a una caracterización de ciencia viciada de antemano al tomar como referente un modelo superado en su concepción de la causalidad y fuertemente singularizado en su incapacidad para plantear la doble hermenéutica que caracteriza el estudio de los fenómenos humanos o incluso la propia irreversibilidad de cualquier acontecer histórico⁷. El debate de la científicidad se ha planteado por tanto en un registro en el que se hace imposible su resolución al determinar un modelo positivo lógico frente a la absoluta renuncia de cualquier intento de traspasar la individualidad incommunicada en que se genera el texto postmoderno. Entre los dos extremos, en los que se ha movido la teoría de la ciencia en arqueología, la crisis de paradigma se ha forjado en un debate en el que no había posibilidad de comunicación: mientras la *New Archaeology* se reconcilia con la capacidad de enunciar proposiciones que trasciendan lo individual y reconoce por tanto un componente fuertemente determinista en el comportamiento que se refleja en una tecnología, el postprocesualismo reconoce la imposibilidad de alcanzar, por la propia naturaleza histórica de la Arqueología, teorías que superen el umbral cultural haciendo de la trayectoria específica de cada grupo sociocultural un contexto inevitable. Dos proposiciones simples y no necesariamente opuestas en su aparataje visible, aunque ciertamente contradictorias en sus supuestos básicos y en la estructuración de su mensaje (conf. Alarcão, 1999).

El debate sobre la capacidad nomotética es corriente en cualquier ciencia social y en cierto modo la oposición entre procesualismo y postprocesualismo, planteada en términos elementales, constituye la actualización por excelencia del espectro conceptual en el que la Arqueología puede enmarcarse en una teoría de la ciencia social. No obstante, los rasgos señalados no constituyen más que los márgenes del debate. Las posiciones no se han

⁷ Las transformaciones relativamente recientes en el seno de la Física Teórica suponen lo que Ilya Prigogine considera un acercamiento de las ciencias físicas a las humanas. El reconocimiento de complejidad en los fenómenos naturales lleva a reconsiderar un diálogo con las ciencias que han intentado tratar el problema de lo humano en toda su extensión, en toda su complejidad (Prigogine, 1990: 61)

exagerado acentuando las premisas generadoras de cada escuela, sino que se han tomado fundamentaciones próximas pero diferenciadas.

La estructuración de un modelo duro de pensamiento científico, en otras palabras, la adecuación del razonamiento arqueológico a un método estandarizado con el que poder sustituir el intuicionismo que podía caracterizar a las escuelas históricas anteriores a los años cincuenta y sesenta, forma el camino hacia el procesualismo. La teoría nace por tanto por la preocupación por el método. La sistematización de un orden coherente en la disciplina y en la formulación de sus resultados se basa en la confianza en los modelos sistémicos y en nociones de equilibrio entre la esfera humana y ambiental: la *New Archaeology* nace pues embocada hacia el economicismo, en su sentido original. El sistema humano se puede concebir como una adaptación al medio en el que las perturbaciones externas desencadenan mutaciones en el interior del organismo social de donde se deduce la posibilidad de obtener un conocimiento cierto de los grupos del pasado a través del comprensión de sus condiciones ecológicas y de la tecnología empleada. Las inferencias puramente sociales son posibles en base a criterios semejantes, y ciertamente evolutivos, en los que el poder se realiza como ordenación de las posibilidades de subsistencia, y por tanto su complejización es directamente proporcional a la de la producción. El entramado inmaterial se vincularía con la cimentación de las relaciones inevitables que exigen el crecimiento económico. Sobre este marco, las técnicas científicas proveerán tanto los datos absolutos como modelos que permitan analizar, desde el supuesto de una estructuración coherente del registro, las relaciones que se establezcan entre las evidencias. El procesualismo no se constituye por tanto como una proyección teórica del laboratorio sino que lo integra en su discurso haciendo valer su carácter científico como garante de la verificabilidad de sus enunciados. La evolución del método y su correcta adaptación permitirán a largo plazo la especificación de teorías de alcance medio.

El positivismo lógico altera esta relación incluyendo un orden mecánico en la que el enunciado antropológico es previo incluso a la obtención de los datos emancipando la práctica de la teoría: la construcción científica pasa a ser propositiva, por lo que el estudio empírico solo deberá proporcionar las imágenes puntuales que verifiquen la deducción. El esquema social que reside tras el modelo procesual se axiomatiza y se antepone al estudio deformando el método y haciendo de la introspección una generadora de modelos que sustituye a la elaboración de hipótesis a partir de la observación de los datos. En otras palabras, el convencimiento íntimo de una inviabilidad de un comportamiento sistemáticamente antieconómico se formaliza en sentencias elementales y necesarias que posibilitarían, con la especificación de las condiciones iniciales y bajo cláusulas de *caeteris paribus* deducir la evolución de cualquier grupo, más allá de los ruidos históricos. La regularidad estadística se sustituye por la certeza matemática a través la inversión de la generación del conocimiento.

El postprocesualismo reacciona contra lo que el laboratorio -lo divino- excluye: lo humano, haciendo aparecer la historicidad en el registro y con ella la relativización de lo alcanzable incluso por el método perfecto. La lectura humana está naturalmente imposibilitada para un conocimiento cierto de la realidad social toda vez que forma parte de la misma (doble hermenéutica) y que le resulta imposible situarse como observador externo. El campo ideológico obtiene una autonomía de la linealidad de la subsistencia y se transfiere a la esfera material derramándose en la cotidianidad, forjando una nueva lógica del desarrollo histórico marcado ahora por la específica aprehensión del entorno por parte de un grupo heterogéneo –en tanto que formado por individualidades- en el que se suaviza la métrica de la mecánica adaptativa. La articulación y cohesión del grupo deja de ser una

deducción de la forma productiva para constituirse como entramado de seducciones interactuantes en equilibrios metaestables. La temática necesariamente se diversifica, y una noción como la de poder -reducido por el procesualismo a su efecto, a una coerción estructurante de la forma productiva- reflota una concepción diferente del mundo, reducida a niveles microorganizativos. El método científico en el que plasma su fe el ideario procesual, se descuartiza ante la imposibilidad de concebir regularidades en un universo atravesado por lo particular. Las nociones de imposibilidad y de relativismo surgen bajo supuestos diferentes, propiciados por las condiciones creadas por el postprocesualismo, arremetiendo contra la ciencia en su propia lógica social, cuarteando la posibilidad de una comunidad científica y plasmando la individualidad imposible de traspasar. El postmodernismo por tanto ataca sobre la base de la construcción científica, sobre su fundamentación lógica y sobre su construcción social, mientras el postprocesualismo parece limitarse a revitaliza el imaginario como objeto de estudio, haciendo incluso lo posible por asirse a alguna clase de universalismo (vid. Hodder, 1994: 52)

La historia de los últimos cincuenta años demuestra que la Arqueología ha dejado de ser única e indivisible y su teorización no ha sabido discriminarlo: la *New Archaeology* confundió su instrumentación con su construcción y se rindió al universalismo, el postprocesualismo se especificó en una revisión de lo inmaterial y de su papel creador y se perdió en lo individual. Pero siempre en su teoría. La teoría ha guiado el estudio arqueológico, se le ha antepuesto. En cierto modo, la historia del pensamiento sobre arqueología ha sido la historia del encorsetamiento de las intuiciones en marcos conceptuales rígidos en los que incluir, bajo etiquetas socialmente reconocidas, las lecturas e interpretaciones que se hagan del registro. También en este caso, las etiquetas han tomado definición propia alejada de la conceptualización en la que se origina, y se confunde la aplicación de técnicas para la obtención de datos con una revisión del positivismo. Lo definitorio a este nivel no son los apoyos instrumentales de los que se vale, sino las pretensiones en las que se funda, es la articulación de los mismos en el discurso lo que acelera la sospecha de positivismo, no su propia utilización.

El debate sobre la cuantificación puede resultar paradigmático al ejemplificar la relación entre la Arqueología y las tecnologías que la circundan. Por una parte, cualquier intento de sistematización de los datos en búsqueda, a través de su análisis por métodos estadísticos, de alguna clase de estructuración en el registro puede ser confundida con la representación en la mente del investigador de leyes formales sociales subyacentes y por tanto acarrear la recelos de procesualismo, olvidando el carácter exclusivamente instrumental de un estudio que permite por su construcción desvelar estructuras, conexiones ocultas, entre los elementos del registro; relaciones que posteriormente deben ser justificadas en base a la metodología social. El análisis estructura el registro siguiendo las intenciones del investigador, ya que es él quien determina el modelo y sus parámetros fundamentales en la búsqueda de una relación implícita pero no evidente: el análisis estadístico se convierte en una estrategia de investigación mediante la reducción de la multiplicidad. Pero además, el análisis estadístico fortalece la inferencia incluso más allá de la cuantificación, como estrategia de estructuración de la realidad al proporcionar un vocabulario inequívoco para la comprensión del razonamiento en acción; aporta una fuente más de rigurosidad en la conceptualización y en su concatenación en el discurso.

Pero un mal tratamiento de los datos puede generar una falsa causalidad e incluso la obsesión por la matematización, olvidando la clase de realidad subyacente, dejándose llevar por las falsas interpretaciones literales del dato (Shennan, 1996: 13) olvidándose de los límites de la lectura estadística. Entendida la estadística como herramienta, su utilización

debe suponer un conocimiento estrecho con sus métodos, de las condiciones necesarias para que pueda aplicarse e incluso de las suposiciones que se manejan en el modelo –que casi siempre serán problemáticas en la casuística arqueológica- pues el abuso es credulidad fundada sobre una inadecuación del razonamiento al registro real. El análisis no es descripción⁸ y sólo en contadas ocasiones debe ser éste el que habrá las vías hacia posibles interpretaciones. Mas bien al contrario, el análisis es una herramienta de verificación de la hipótesis a contrastar.

Es legítimo plantear si la relación entre análisis cuantitativo y positivismo no será sino consecuencia de una visión limitada del instrumental estadístico o de un abuso en la lectura de los resultados proporcionados. La Estadística, en tanto tecnología científica, provee de datos que serán útiles, robustos y ventajosos si, y sólo si, ha existido coherencia en la formulación de las preguntas, un correcta aplicación del modelo y una lectura fundada en la construcción tanto del modelo como de la hipótesis. Y lo mismo cabría decir de las demás tecnologías: el falaz positivismo en lo social es tal por la construcción de su teoría, no por el modo en que se obtienen los datos -al margen estará la constatación de que el dato arqueométrico no es inocente, neutral ni aséptico-.

Conclusiones.

Hemos sentido la llamada obsesiva de hacernos con una teoría propia, como si incluyéndola en nuestro repertorio de lenguaje más o menos técnico, nos apropiásemos en realidad de ella. La Teoría ha sido la obsesión de la Arqueología de los últimos años, hasta tal punto que la controversia dominante puede ser entendida como la exageración en posturas concienciadas de la existencia de un enfrentamiento –la divergencia puede ser una actitud activamente incitada- de tal manera que, tal vez, la distancia que en realidad separa al procesualismo del postprocesualismo no sea insondable, aun teniendo en cuenta sus diferencias fundamentales (Alarcão, 1996). La práctica ha atenuado la distancia entre las dos corrientes, haciendo de su conflicto de fundamentos una cuestión de simple matiz a la vista de su realización en la investigación, apoyada en el sentido común. Del mismo modo, la historia de la Arqueología, concebida como historia de prácticas y discursos no puede limitarse a las declaraciones expresas de contenido teorizante sino que su construcción se debe basar en la práctica real de las opciones manifestadas, dilucidando su factibilidad y su éxito en la generación de conocimiento. La teoría no es la única arqueología y ni mucho menos puede, en un alarde de globalidad, clausurar el empuje de la práctica investigadora, tan solo por haber logrado un punto de equilibrio. La construcción de la disciplina se hace en su análisis formal, pero sobre todo en la revisión de los modos de actuar sobre el registro, esto en, en el cómo se ejerce la teoría sobre los datos.

⁸ Lo que nos pone otra vez sobre aviso de la inadecuación del programa formativo del arqueólogo, al limitar en la mayor parte de las ocasiones los contenidos estadísticos a los puramente descriptivos, debiendo familiarizarse con las técnicas analíticas a través de manuales especializados que obvian los contenidos elementales para lanzarse a la recapitulación de los modelos y sus ventajas, sin recoger muchas veces sus inconvenientes.

BIBLIOGRAFÍA

- Alarcão, J. de (1996): *Para uma conciliação das arqueologias*. Ed. Afrontamento, Lisboa.
- Carandini, A. (1997)[1991]: *Historias en la tierra. Manual de excavación arqueológica*. Ed. Crítica, Barcelona
- Hodder, I. (1988)[1986]: *Interpretación en arqueología. Corrientes actuales*. Ed. Crítica, Barcelona.
- Ibañez, J. (1979): *Más allá de la sociología. El grupo de discusión. Técnica y crítica*. Ed. Siglo XXI, Madrid.
- Lenk, K. (1982): *El concepto ideología. Comentario crítico y colección sistemática de textos*. Ed. Amorrurtu, Buenos Aires.
- Lopez Borgoñoz, A. (1999): "Modelos, pasado, sistemas complejos y sistema mundial" en De Balbín Behrmann, R. y Bueno Ramírez, P. (eds.): *II Congreso de Arqueología Peninsular. Tomo III – Primer Milenio y metodología: 537-549*. Ed. Universidad de Alcalá y Fundación Rei Afonso Henriques.
- McCloskey, D. (1990)[1985]: *La retórica de la economía*. Ed. Alianza, Madrid.
- McGlade, J. (1999): "Arqueología, dinámica no lineal y discurso histórico" en *Trabajos de Prehistoria*, 56 (2): 5-18.
- Morin, E. (1990): *Introducción al pensamiento complejo*. Ed. Gedisa, Barcelona.
- Ortega, J.M. y Villagordo, C. (1999): "La arqueología despues del fin de la arqueología" en *Complutum* (10): 7-14.
- Prigogine, I. y Stengers, I. [1979](1990): *La nueva alianza. Metamorfosis de la ciencia*. Ed. Alianza, Madrid. 2ª edición.
- Rivero Rodríguez, G. (2002): "Arqueología y postmodernidad: hacia los fundamentos teóricos de la arqueología actual" en *Minius* (10): 31-46.
- Santos, B. De Sousa (1990)[1989]: *Introdução a uma ciência pós-moderna*. Ed. Afrontamento, Oporto. 2ª edición.
- Shennan, S. (1992)[1988]: *Arqueología cuantitativa*. Ed. Crítica. Barcelona.
- Tezanos, J.F. (1996)[1992]: *La explicación sociológica: una introducción a la sociología*. Ed. UNED, Madrid. 2ª edición.
- Ward, B. (1983)[1972]: *¿Que le ocurre a la teoría económica?* Ed. Alianza, Madrid.